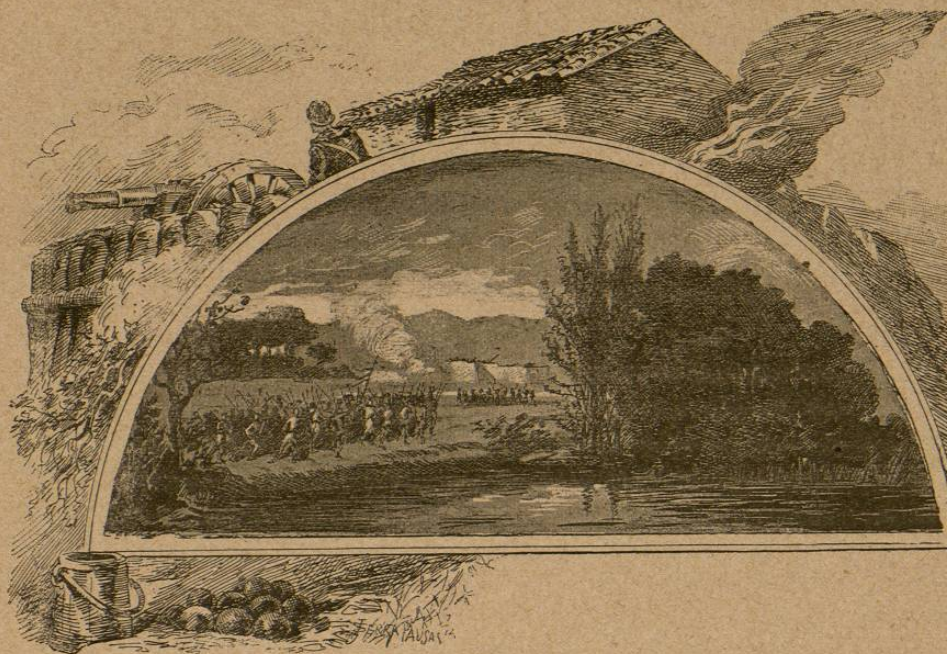


Era cosa de oír, dura y terrible,  
 Los estallidos y fornace estruendo,  
 El negro humo, espeso é insufrible,  
 Cual nube en aire así se va imprimiendo:  
 No hay cosa reservada al fuego horrible,  
 Todo en sí lo convierte, resumiendo  
 Los ricos edificios levantados  
 En antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento  
 De aquella fiera gente vengativa,  
 Aun no parando en esto el mal intento,  
 Ni planta en pié, ni cosa dejan viva:  
 El incendio acabado como cuento,  
 Un mensajero con gran priesa arriba  
 Del hijo de Leocán, y su embajada  
 Será en el otro canto declarada.



## CANTO VIII

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Aranco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cautén.

Un limpio honor del ánimo ofendido  
 Jamás puede olvidar aquella afrenta,  
 Trayendo al hombre siempre así encogido,  
 Que dello sin hablar da larga cuenta;  
 Y en el mayor contento desabrido  
 Se le pone delante y representa  
 La dura y grave afrenta con un miedo,  
 Que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran  
 Y al temor con esfuerzo resistieran,  
 Sus haciendas y casas sustentaran  
 Y en la justa demanda fenecieran;  
 De mil desabrimientos no gustaran,  
 Ni al terreno del vulgo se pusieran,  
 Del vulgo, que jamás dice lo bueno,  
 Ni en decir los defectos tiene freno.

Pero de un bando y otro contemplada  
 La diferencia en número de gentes,  
 La ciudad sin reparos, descercada,  
 Con otra infinidad de inconvenientes;  
 Y el ver puestas al filo de la espada  
 Las gargantas de tantos inocentes,  
 Niños, mujeres, vírgenes sin culpa,  
 Será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,  
 Se puede atribuir este suceso  
 A que fué del Señor justo castigo,  
 Visto de su soberbia el gran esceso,  
 Permitiendo que el bárbaro enemigo,  
 Aquel que fué su súbdito y opreso,  
 Los eche de su tierra y posesiones,  
 Y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepcion copia de gente  
Estaba á la sazón; pero gran parte  
De barba blanca y arrugada frente,  
Inútil en la dura y bélica arte,  
Y poca de la edad mas suficiente  
A resistir el gran rigor de Marte  
Y á la parcial fortuna, que se muestra  
En todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el bando lautarino  
Viendo que su opinion tanto crecía,  
Y la fortuna próspera el camino  
En nuestro daño y su provecho abría?  
No piensa reparar hasta el divino  
Cielo y arruinar su monarquía,  
Haciendo aquellos bárbaros bizarros  
Grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues el pueblo de Penco desolado  
Y de la fiera llama consumido,  
Dije cómo á gran prisa habia llegado  
Un indio mensajero conocido,  
Que por Caupolicán era enviado;  
Y habiendo de su parte encarecido  
La gran batalla, digna de memoria,  
Las gracias les rindió de la vitoria.

Dijo también sin alargar razones  
Que el general mandaba que partiese  
Lautaro con los prestos escuadrones,  
Y en el valle de Arauco se metiese,  
Donde el senado y junta de varones  
Tratasen lo que mas le conviniese;  
Pues en el fértil valle hay aparejo  
Para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato,  
Levanta el campo, sin parar camina,  
Deja gran tierra atrás, y en poco rato  
Al monte andalicano se avecina;  
Y por llegar de súbito rebato,  
El camino torció por la marina,  
Ganoso de burlar al bando amigo  
Tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del día  
Dió sobre las escuadras de repente  
Con una baraunda y vocería,  
Que puso en arma y alteró la gente;  
Mas vuelto el alboroto en alegría,  
Conocida la burla claramente,  
Los unos y los otros sin firmarse  
Sueltas las armas, corren á abrazarse.

Caupolicán, alegre, humano y grave,  
Los recibe, abrazando al buen Lautaro,  
Y con regalo y plática suave  
Le da prendas y honor de hermano caro:  
La gente que de gozo en sí no cabe  
Por la ribera de un arroyo claro  
En juntas y corrillos derramada,  
Celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron después desto  
Antes que el gran senado fuese junto,  
Tratando en su jornada y presupuesto  
Desde el principio al fin sin faltar punto;  
Pero al término justo y plazo puesto  
Llegó la demás gente, y todo á punto  
Los principales hombres de la tierra  
Entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido  
Con que Valdivia ante él fué presentado:  
Era de verde y púrpura tejido  
Con rica plata y oro recamado,  
Un peto fuerte en buena guerra habido  
De fina pasta y temple relevado,  
La celada de claro y limpio acero,  
Y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados  
A la española usanza se vestían,  
La gente del comun y los soldados  
Se visten del despojo que traían:  
Calzas, jubones, cueros desgarrados  
En gran estima y precio se tenían:  
Por inútil y bajo se juzgaba  
El que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos ordenaron  
El venir á la junta así vestidos,  
Y en el consejo, como digo, entraron  
Ciento y treinta caciques escogidos;  
Por su costumbre antigua se sentaron  
Segun que por la espada eran tenidos;  
Estando en gran silencio el pueblo ufano,  
Así soltó la voz Caupolicano:

«Bien entendido tengo yo, varones,  
Para que nuestra fama se acreciente,  
Que no es menester fuerza de razones,  
Mas solo el apuntarlo brevemente:  
Que segun vuestros fuertes corazones  
Entrar la España pienso fácilmente,  
Y al gran emperador invicto Carlo  
Al dominio araucano sujetarlo.

«Los españoles vemos que ya entienden  
El peso de las mazas barréadas,  
Pues ni en campo ni en muro nos atienden;  
Sabemos cómo cortan sus espadas,  
Y cuán poco las mallas los defienden  
Del corte de las hachas aceradas;  
Si sus picas son largas y fornidas,  
Con las vuestras han sido ya medidas.

«De vuestro intento asegurarme quiero,  
Pues estoy del valor tan satisfecho,  
Que gruesos muros de templado acero  
Allanareis poniéndoles el pecho:  
Con esta confianza el delantero  
Seguiré vuestro bando, y el derecho  
Que teneis de ganar la fuerte España,  
Y conquistar del mundo la campaña.

«La deidad desta gente entenderemos,  
Y si del alto cielo cristalino  
Desciende, como dicen, abriremos  
A puro hierro anchísimo camino:  
Su género y linaje asolaremos,  
Que no bastará ejército divino,  
Ni divino poder, esfuerzo y arte  
Si todos nos hacemos á una parte.

«En fin, fuertes guerreros, como digo,  
No puede mi intencion mas declararse:  
Aquel que me quisiere por amigo,  
A tiempo está que puede señalarse;  
Téngame desde aquí por enemigo  
El que quisiere á paces arrimarse.»  
Aquí dió fin, y su intencion propuesta,  
Esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento  
Apenas al espíritu halló via,  
Mientras duró el soberbio parlamento  
Que el gran Caupolicano les hacia:  
Hubo en el responder el cumplimiento  
Y ceremonia usada en cortesía;  
A Lautaro tocaba; y escusado,  
Lincoya así responde levantado:

«Señor, yo no me he visto tan gozoso  
Después que en este triste mundo vivo,  
Como en ver manifiesto el valeroso  
Animo dese invicto pecho altivo;  
Y así por pensamiento tan glorioso  
Me ofrezco por tu siervo y tu cautivo;  
Que no quiero ser rey del cielo y tierra,  
Si hubiese de acabarse aquí la guerra.

«Y en testimonio desto yo te juro  
De te seguir y acompañar de hecho,  
Ni por áspero caso adverso y duro  
A la patria volver jamás el pecho:  
Desto puedes, señor, estar seguro,  
Y todo faltará y será deshecho  
Antes que la palabra acreditada  
De un hombre como yo por prenda dada.»

Así dijo; y tras él, aunque rogado,  
El buen Peteguelén, curaca anciano,  
De condicion muy áspera enojado,  
Pero afable en la paz, fácil y humano,  
Viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,  
Señor de aquel hermoso y fértil llano,  
Con espaciosa voz y grave gesto  
Propuso en sus razones sabias esto:

»Fuerte varon y capitán perfeto,  
No dejaré de ser el delantero  
A probar la fineza deste peto,  
Y si mi hacha rompe el fino acero;  
Mas como quien lo entiende te prometo  
Que falta por hacer mucho primero  
Que salgan españoles desta tierra,  
Cuanto mas ir á España á mover guerra.

»Bien será que, señor, nos contentemos  
Con lo que nos dejaron los pasados,  
Y á nuestros enemigos desterramos  
Que están en lo mas dello apoderados;  
Después por el suceso entenderemos  
Mejor el disponer de nuestros hados:  
Esto á mí me parece, y quien quisiere  
Proponga otra razon, si mejor fuere.»

Callando este cacique, se adelanta  
Tucapelo, de cólera encendido,  
Y sin respeto así la voz levanta  
Con un tono soberbio y atrevido,  
Diciendo: «A mí la España no me espanta  
Y no quiero por hombre ser tenido,  
Si solo no arruino á los cristianos,  
Ahora sean divinos, ahora humanos.

»Pues lanzarlos de Chile y destruirlos  
No será para mí bastante guerra,  
Que pienso, si me esperan, confundirlos  
En el profundo centro de la tierra;  
Y si huyen, mi maza ha de seguirlos,  
Que es la que deste mundo los destierra:  
Por eso no nos ponga nadie miedo,  
Que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

»Y por mi diestro brazo os aseguro,  
Si la maza dos años me sustenta,  
A despecho del cielo, á hierro puro,  
De dar desto descargo y buena cuenta,  
Y no dejar de España enhiesto muro,  
Y aun el ánimo á mas se me acrecienta,  
Que después que allanare el ancho suelo,  
A guerra incitaré al supremo cielo.

»Que no son hados, es pura flaqueza  
La que nos pone estorbos y embarazos;  
Pensar que haya fortuna es gran simpleze;  
La fortuna es la fuerza de los brazos:  
La máquina del cielo y fortaleza  
Vendrá primero abajo hecha pedazos,  
Que Tucapel en esta y otra empresa  
Falte un mínimo punto en su promesa.»

Peteguelén la vieja sangre fria  
Se le encendió de rabia, y levantado  
Le dice: «¡Oh arrogante! la osadía  
Sin discrecion jamás fué de esforzado.»  
Pero Caupolicán, que conocía  
Del viejo ha tiempo el ánimo arrojado,  
Con discrecion le ataja las razones  
Haciendo proponer á otros varones.

Purén se ofrece allí, y Angol se ofrece  
No con menor braveza y desatiento;  
Ongolmo no quedó segun parece  
De mostrar su soberbio pensamiento:  
Del uno en otro multiplica y crece  
El número en el mismo ofrecimiento;  
Colocolo, que atento estaba á todo,  
Sacó la voz diciendo deste modo:

«La verde edad os lleva á ser furiosos,  
¡Oh hijos! y nosotros los ancianos  
No somos en el mundo provechosos  
Mas de para decir consejos sanos;  
Que no nos ciegan humos vaporosos  
Del juvenil hervor y años lozanos:  
Y así como mas libres entendemos  
Lo que siendo mancebos no podemos

»Vosotros, capitanes esforzados,  
De sola una vitoria envanecidos,  
Estais de tal manera levantados,  
Que os parecen ya pocos los nacidos:  
Templad, templad los pechos alterados  
Y esos vanos esfuerzos mal regidos;  
No hagais de españoles tal desprecio,  
Que no venden sus vidas á mal precio.

»Si dos veces por dicha los vencistes,  
Mirad cuando primero aquí vinieron  
Que resistir su fuerza no pudistes,  
Pues mas de cinco veces os vencieron:  
En el licureo campo ya lo vistes  
Lo que solos catorce allí hicieron;  
No será poco hecho y buen partido  
Cobrar la tierra y crédito perdido.

»Debemos procurar con seso y arte  
Redemir nuestra patria y libertarnos,  
Dando á vuestras bravezas menos parte,  
Pues mas pueden dañar que aprovecharnos.  
¡Oh hijo de Leocán! quiero avisarte,  
Si quieres como sabio gobernarnos,  
Que temples esta furia, y con maduro  
Seso pongas remedio en lo futuro.

»El consejo mas sano y conveniente  
Es que el campo, en tres bandas repartido,  
A un tiempo, aunque por parte diferente,  
Dé sobre el Cautén pueblo aborrecido:  
Bien que esté en su defensa buena gente,  
Es poca; y este asiento, destruido  
Valdivia, de allanar fácil seria,  
Pues no alcanza arcabuz ni artilleria.

»Solo á mí Santiago me da pena;  
Pero modo á su tiempo buscaremos  
Para poderla entrar, y la Serena  
Fácilmente después la allanaremos;  
Aunque sujeto á lo que el hado ordena  
Es el mejor camino que tenemos.»  
Acabando con esto el sabio viejo,  
A muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro curaca hechicero  
De la vejez decrepita impedido  
(Puchecalco se llama el agorero,  
Por sabio en los pronósticos tenido),  
Con profundo suspiro, íntimo y fiero  
Comienza así á decir entristecido:  
«Al negro Eponamon doy por testigo  
De lo que siempre he dicho y ahora digo.

»Por un término breve se os concede  
La libertad, y habeis lo mas gozado;  
Mudarse esta sentencia ya no puede,  
Que está por las estrellas ordenado,  
Y que fortuna en vuestro daño ruede;  
Mirad que os llama ya el preciso hado  
A dura sujecion y trances fuertes;  
Repárense á lo menos tantas muertes.

»El aire de señales anda lleno,  
Y las noturnas aves van turbando  
Con sordo vuelo el claro dia sereno,  
Mil prodigios funestos anunciando;  
Las plantas con sobrado humor terreno  
Se van sin producir fruto secando;  
Las estrellas, la luna, el sol lo afirman,  
Cien mil agujeros tristes lo confirman.

»Mírolo todo, y todo contemplado  
No sé en qué pueda yo esperar consuelo,  
Que de su espada el Orion armado  
Con gran ruina ya amenaza el suelo:  
Júpiter se ha al acaso retirado,  
Solo Marte sangriento posee el cielo,  
Que denotando la futura guerra  
Enciende un fuego bélico en la tierra.

»Ya la furiosa muerte irreparable  
Viene á nosotros con airada diestra,  
Y la amiga fortuna favorable  
Con diferente rostro se nos muestra;  
Y Eponamon horrendo y espantable  
Envuelto en la caliente sangre nuestra,  
La corva garra tiende el cerro yerto,  
Llevándonos al no sabido puerto.»

Tucapel que de rabia reventando  
Estaba oyendo al viejo, mas no atiende,  
Que dice: «Yo veré si adivinando  
De mi maza este necio se defiende.»  
Diciendo esto, y la maza levantando,  
La derriba sobre él, y así lo tiende  
Que jamás midió curso de planeta,  
Ni fué mas adivino ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso,  
Segun la muestra, que movido estuvo  
De dar tras el Senado religioso,  
Y no sé la razon que lo detuvo:  
Caupolicán, atónito y rabioso,  
Trasportada la mente un rato estuvo;  
Mas vuelto en sí con voz horrible y fiera  
Gritaba: «capitanes, muera, muera.»

No le dió tanto gusto á aquella gente  
Lo que Caupolicano le decia,  
Cuanto al soberbio bárbaro impaciente  
Viendo que ocasion tal se le ofrecia:  
Era alto el tribunal, pero él valiente  
Los hace saltar dél tan á porfia  
Que ciento y treinta que eran, en un punto  
Saltan los ciento, y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron  
Son los que en esta historia señalados,  
Que jamás de su asiento se mudaron  
De donde los miraban sosegados;  
Que de ver uno solo no curaron  
Mostrarse por tan poco alborotados,  
Aunque los que saltaron de tan alto  
En menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla  
Saltó como un ligero y suelto pardo  
En medio de la tímida canalla,  
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:  
Con silbos grita en desigual batalla;  
Con piedra, palo, flecha, lanza y dardo  
Le persigue la gente de manera  
Como si fuera toro ó brava fiera.

Segun suele jugar por gran destreza  
El liviano montante un buen maestro,  
Hiriendo con estraña lijereza  
Delante, atrás, á diestro y á siniestro:  
Con mas desenvoltura y mas presteza,  
Mostrándose en los golpes fuerte y diestro  
El fiero Tucapel, en la pelea  
Con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,  
Ni para contentarse esto le basta;  
Solo de aquellos tristes hace cuenta  
Que su maza los hace torta ó pasta:  
Rompe, magulla, muele y atormenta,  
Desgobierna, destroza, estropea y gasta;  
Tiros llueven sobre él arrojados  
Cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento  
Por las espesas armas discurria,  
Brazos, cabezas y ánimos sin cuento  
Soberbios quebrantó en solo aquel dia;  
Y cual menuda lluvia por el viento  
La sangre y frescos sesos esparcia;  
No discierne al pariente del estraño,  
Haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle  
De la canalla bárbara araucana  
Que en monton trabajaba de ofenderle;  
Mas el temor la ofensa hacia liviana:  
Era cierto admirable cosa verle  
Saltar y acometer con furia insana  
Desmembrando la gente sin poderse  
De su maza y presteza defenderse.

Caupolicán del caso no pensado  
En tal furor y cólera se enciende,  
Que estaba de bajar determinado,  
Aunque su gravedad se lo defiende;  
Pero Lautaro alegre y admirado  
Miraba cómo solo así contiene  
Un hombre contra tanto barbarismo,  
Incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al general con el debido  
Respeto y ojos bajos en el suelo,  
Le dice: «Una merced, señor, te pido,  
Si algo merece mi intencion y celo,  
Y es, que el gran desacato cometido  
Perdones francamente á Tucapel;  
Pues ha mostrado en campo claramente  
Valer él mas que toda aquella gente.»

Perplejo el general estaba en duda;  
Pero mirando al fin quien lo pedia,  
Luego el ejecutivo intento muda,  
Y con el rostro alegre respondia:  
«El ha tenido en vos bastante ayuda,  
Por la cual le perdono»; y mas decia  
Que fuese á las escuadras, y mandase  
Que el combatirle mas luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente  
El rico cuerno á retirar tocaba,  
Al son del cual se recogió la gente,  
Que recogerse á nadie le pesaba:  
Solo lo siente el bárbaro valiente  
Que satisfecho á su sabor no estaba;  
Y volviendo á Lautaro el fiero gesto,  
En alta y libre voz le dijo aquesto:

«¿Cómo, buen capitán, has estorbado  
El tomar desta vil canalla enmienda,  
Y verme destos rústicos vengado  
Para que mi valor mejor se entienda?»  
Lautaro le responde: «Es escusado  
Quien viniere contigo á la contienda  
Que se pueda valer contra tu diestra,  
Segun que dello has dado aquí la muestra.

«Conmigo puedes ir, que te aseguro  
Que ningun daño y mal te sobrevenga.»  
Tucapel le responde: «Yo te juro  
Que un paso ese temor no me detenga;  
Mi maza es la que á mí me da el seguro,  
Lo demás como quiera vaya y venga,  
Que el miedo es de los niños y mujeres:  
Sús, alto, vamos luego á do quisieres.»

Juntos los dos al tribunal llegando,  
Tucapel de Lautaro adelantado  
Subió por la escalera, no mostrando  
Punto de alteración por lo pasado:  
El sagaz general disimulando  
Con graciosa apariencia le ha tratado,  
Y de la rota plática el estilo  
Lautaro así diciendo, añadió el hilo:

Tomó I

«Invicto capitán, yo he estado atento  
A lo que estos varones han propuesto,  
Y no sé figurarte el gran contento  
Que me da ver su esfuerzo manifiesto:  
Si de servirte tengo sano intento,  
Mis obras por las tuyas dirán esto;  
Pues para ser del todo agradecidas,  
Será poco perder por tí mil vidas.

»Estos fuertes guerreros ayudarte  
Quieren á restaurar la propia tierra,  
Porque en ello les va también su parte;  
Y por el vicio grande de la guerra,  
No puedo yo dejar de aconsejarte,  
Aunque todo el consejo en tí se encierra,  
Aquello que mejor me pareciere  
Y mas bien al bien público viniere.

»Es mi voto que debes atenerte  
Al consejo con término discreto  
Del sabio Colocolo, que por suerte  
Le cupo ser en todo tan perfeto:  
Así que, gran señor, sin detenerte  
Cumple que esto se ponga por efeto,  
Antes que los cristianos se aperciban,  
Porque mas flacamente nos reciban.

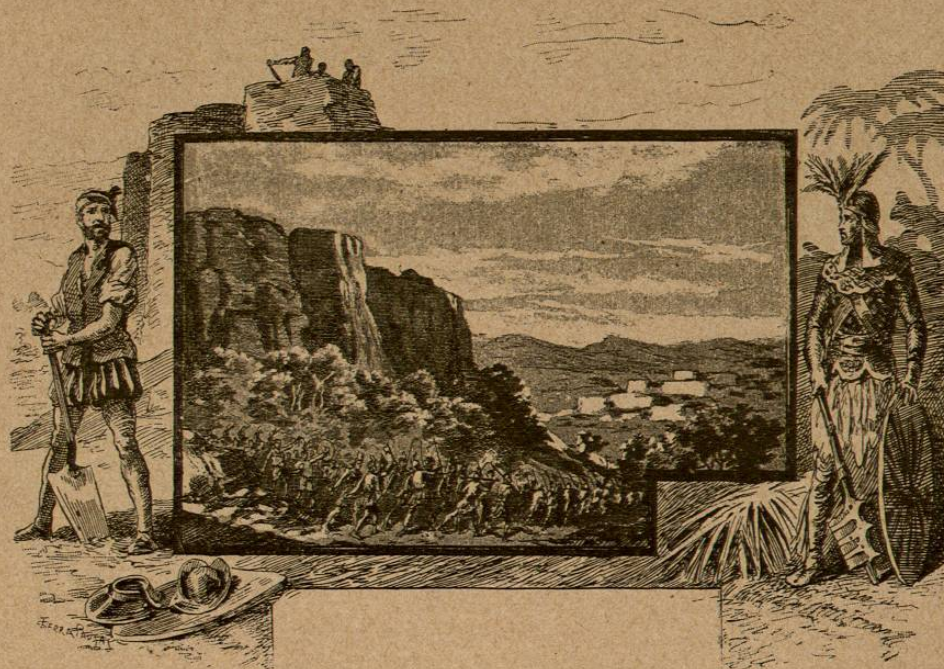
»Y pues que Mapochó solo es temido,  
Después que lo demás esté allanado,  
Por el potente Eponamon te pido  
Que el cargo de asolarle me sea dado:  
La tierra palmo á palmo la he medido,  
Con españoles siempre he militado,  
Entiendo sus astucias é invenciones,  
El modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

»Quinientos araucanos solamente  
Quiero para la empresa que yo digo,  
Escogidos en toda nuestra gente;  
Un soldado de mas no ha de ir conmigo.  
Aquí lo digo estando tú presente  
Y estos sabios caciques, que me obligo  
De darte la ciudad puesta en las manos  
Con cien cabezas nobles de cristianos.»

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,  
Y gran rato sobre ello platicaron;  
Pareciéndoles modo provechoso  
Todos en este acuerdo concordaron:  
Después do estaba el pueblo deseoso  
De saber novedades se bajaron,  
Donde lo difnido y decretado  
Con general pregon fué declarado.

Estuvieron allí catorce días  
En grande regocijo y mucha fiesta,  
Ocupados en juegos y alegrías,  
Y en quien mas veces bebe sobre apuesta:  
Después contra los pueblos del Mesías,  
La alborozada gente en orden puesta,  
Marcha Caupolicán con la vanguardia,  
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso  
De la Imperial, fundada en sitio fuerte,  
Donde el fiero enemigo vitorioso  
La pensaba entregar presto á la muerte;  
Mas el eterno Padre poderoso  
Lo dispone y ordena de otra suerte,  
Dilatando el azote merecido,  
Como vereis prestando atento oido.



## CANTO IX

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efeto su intencion por permission divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepción. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos  
Como se vieron en la edad pasada,  
Es causa haber agora pocos santos,  
Y estar la ley cristiana autorizada;  
Y así de cualquier cosa hacen espantos  
Que sobre el natural uso es obrada;  
Y no solo al autor no dan creencia,  
Mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,  
Por su costumbre y tiempo convalece;  
Si al bajo miserable levantarle,  
Por modos ordinarios le engrandece;  
Si al soberbio hinchado derribarle,  
Por naturales términos se ofrece:  
De suerte que las cosas desta vida  
Van por su natural curso y medida.

Por do vemos que Dios quiere y procura  
Hacer su voluntad naturalmente,  
Sirviendo de instrumento la natura  
Sobre la cual él solo es el potente:  
Y así los que creyeron por fe pura  
Merecen mas, que si palpablemente  
Viesen lo que después de ya visible  
Sacarlos de que fué seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,  
Que soy de poner dudas enemigo,  
Y es un estraño caso milagroso  
Que fué todo un ejército testigo;  
Aunque yo soy en esto escrupuloso  
Por lo que dello arriba, señor, digo,  
No dejaré en efeto de contarlo,  
Pues los indios no dejan de afirmarlo.